

CLÁSICOS CASTELLANOS

+ 12.000
EJEMPLARES
VENDIDOS

LA CELESTINA

FERNANDO DE ROJAS

ADAPTACIÓN DE
ALFREDO REINA LEÓN

bam
bú

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

- © 2010, de la adaptación y de las notas, Alfredo Reina León
- © 2010, del estudio de la obra y del cuaderno documental,
Alfredo Reina León
- © 2010, de las ilustraciones del interior, Enrique Lorenzo
- © 2010, de la cubierta, Enrique Lorenzo
- © 2010, Editorial Casals, S. A.

Casp 79, 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Coordinación de la colección: Fina Palomares Hernández
Diseño de la colección: Enric Jardí
Ilustración del cuaderno documental: Jaume Farrés
Fotografías del cuaderno documental:
Album, Getty Images

Tercera edición en rústica: mayo 2016
Segunda edición: abril 2011
ISBN: 978-84-8343-276-1
Depósito legal: B-20131-2013
Printed in Spain
Impreso en Índice S. L.
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

LA CELESTINA

FERNANDO DE ROJAS

ADAPTACIÓN DE
ALFREDO REINA LEÓN

ILUSTRACIONES DE
ENRIQUE LORENZO



CLÁSICOS CASTELLANOS

Índice

Carta a un amigo	7
Prólogo de la Tragicomedia	9
1 ENCUENTROS Y CONFIDENCIAS	15
Acto I	17
Acto II	68
Acto III	77
2 NUDOS	89
Acto IV	91
Acto V	117
Acto VI	124
Acto VII	144
Acto VIII	165
Acto IX	177
Acto X	196
Acto XI	211
3 ORO Y AMOR	219
Acto XII	221

4 EL PLACER Y LA MUERTE	245
Acto XIII	247
Acto XIV	254
Acto XV	267
Acto XVI	276
Acto XVII	284
Acto XVIII	292
Acto XIX	300
Acto XX	316
5 MEMORIAS Y LAMENTOS TRISTES	325
Acto XXI	327
Cuaderno documental:	
La implacable fuerza del amor...	337
Estudio de la obra	353

CARTA A UN AMIGO¹

Quienes, como yo, se hallan ausentes de su tierra suelen meditar sobre las principales carencias o necesidades que tiene el lugar de donde proceden, con el fin de servir a sus paisanos y devolverles los beneficios que anteriormente han recibido de ellos. Yo, mi querido amigo, me he sentido muchas veces moralmente obligado a reflexionar sobre tales cosas para pagar los muchos favores que tan generosamente he cosechado de vos.

Recogido a solas en mi habitación, recostado sobre la palma de mi mano, azuzando² mis sentidos y echando a volar el pensamiento, me venía una y otra vez a la memoria no solo la necesidad que tiene nuestra común patria de la presente obra, dada la muchedumbre de galanes y jóvenes enamorados que pululan por todas partes, sino en particular vuestra misma persona. Yo he sido testigo, amigo mío, de cómo el amor ha lastimado tan cruelmente vuestra juventud, y todo porque os han faltado armas para defenderos de su terrible fuego, armas que

1. Rojas dirige esta carta a un amigo suyo, cuya identidad se desconoce. Es probable que fuera un joven perteneciente a la nobleza local de La Puebla de Montalbán, de quien Rojas habría recibido algún favor económico o profesional. Nuestro autor se siente agradecido por ello, y cuando se entera de que su amigo se ha convertido en una víctima más del amor cortés (porque mantiene una relación amorosa ilícita de carácter neurótico con una mujer casada, de clase social superior, vivida en secreto y con mediación de alguna alcahueta sin escrúpulos) ve la oportunidad de devolverle los favores recibidos, escribiendo una obra para advertirle de los peligros que, como otros muchos jóvenes de la época, corre dejándose llevar por esa moda sentimental. Se podría pensar también que ese amigo es, en realidad, su *alter ego*, es decir, el propio Rojas, quien se habría enamorado y se siente víctima de uno de esos amores enfermizos e imposibles. En tal caso, habría escrito *La Celestina* como una especie de terapia personal para alejarse de ese tipo de amor peligroso e ilícito, que podía conducir a la muerte de los jóvenes amantes.
2. *Azuzando mis sentidos*: metáfora verbal adaptada de «echando mis sentidos por ventores». Se trata de una expresión del argot de los cazadores, mediante la cual el autor quiere decir que pone en acción sus sentidos y emociones como si fueran perros de caza (*ventores*) en busca de la verdad. El pensamiento racional, sin embargo, se simboliza a continuación a través de una imagen más refinada, mediante la cual el pensamiento se echa a «volar», es decir, a «cazar», no como un perro de presa, sino como una ave rapaz (cetrería) en busca de remedios para vencer el amor loco.

no se forjan en las grandes herrerías de Milán,³ sino que se tallan en el ingenio de los sabios, como el de los doctos varones castellanos⁴ que tan primorosamente han escrito estos papeles que han caído en mis manos, y que ahora os doy a leer.

Reconozco que me sentí maravillado por la perfección de tales páginas, por su delicado estilo, por la intensidad con que, como si estuvieran hechas del más puro metal, vibran sus palabras, por la forma en que se entrelazan las sentencias, por su elegante estilo, jamás visto ni oído en nuestra lengua castellana. Leí esos papeles tres o cuatro veces y, cuanto más volvía sobre ellos, más me agradaban y más necesidad sentía de releerlos, apreciando en cada ocasión nuevos y más profundos pensamientos. Me di cuenta de que no solo era deliciosa la historia principal en su conjunto, sino que, de algunas de sus partes, manaban deleitables fuentecillas de filosofía, de otras nacían borbotones de humor, y de no pocas surgían advertencias y consejos para defenderse de aduladores e infieles sirvientes, así como de falsas mujeres hechiceras.

Me percaté de que estos papeles no tenían la firma de su autor, que, según dicen algunos, fue Juan de Mena y, según otros, Rodrigo de Cota. Pero quienquiera que fuese, es digno de ser recordado por la ingeniosa historia que ha fabulado y por la abundancia de pensamientos profundos que ha ido entretejiendo bajo la capa del humor.⁵ ¡Qué gran filósofo era!

Y si el primer autor, por temor a los calumniadores y lenguas viperinas,⁶ que son incapaces de inventar una historia y solo saben criticar,

3. Los armeros de Milán eran los artesanos más admirados de Europa en la fabricación de armaduras (armas defensivas). Rojas considera que los posibles autores del primer acto (Mena o Cota) «han tallado» una armadura moral para que los jóvenes se defiendan del loco amor. El campo semántico de la forja de armas se continuará con diversas metáforas: los herreros (escritores) tallan (escriben) el metal (palabras) en las herrerías (pensamiento).
4. Se refiere a los posibles autores del primer acto; Rodrigo de Cota o Juan de Mena (véase cuaderno documental, pág. 339).
5. Bajo esta afirmación subyacen los tópicos *delectare et prodesse* ('enseñar divirtiendo') y *castiga ridendo* (corregir los defectos morales con una sonrisa). Rojas alaba a Juan de Mena y a Rodrigo de Cota, no porque sean «maestros del amor» como Ovidio, que enseña el arte de amar, sino porque son moralistas que, con humor y sabiduría, ponen al descubierto las trampas del amor cortés (ilícito) y enseñan cómo no caer en ellas.
6. *Lenguas viperinas*: sinécdoque para descalificar a quienes son malintencionados a la hora de hablar.

decidió ocultar su nombre, no me reprochéis que yo también oculte el mío en la parte de la obra que me corresponde, pues la he continuado y dado fin, aunque con peor estilo. Y lo he hecho fundamentalmente porque yo me dedico a la abogacía y, aunque lo que he añadido está dignamente escrito, es una labor ajena a mi especialidad, y quien supiera mi nombre podría pensar que he abandonado mi auténtica profesión para entrometerme en un nuevo oficio,⁷ cuando en realidad para mí no ha sido más que un divertimento con que descansar un poco de mi verdadera actividad, la de jurista,⁸ de la que me siento muy orgulloso.

Se equivocarían, por lo tanto, de cabo a rabo, pero yo pagaría de ese modo el atrevimiento de revelar mi nombre. Tampoco se creerían que solo he tardado quince días en completar y acabar la obra –mientras mis colegas estaban de vacaciones en sus tierras–, cosa que es la pura verdad, sino que he debido de emplear mucho más tiempo y que no ha sido tanta la diversión de la que he disfrutado escribiéndola.

Para disculparme por todo esto, ante vos y ante cuantos leyeren esta obra, he escrito los versos⁹ que siguen. Y para que sepáis dónde comienzan mis mal talladas¹⁰ palabras, he decidido que todo lo que corresponde al antiguo autor vaya sin división formando un solo acto, hasta el segundo, donde dice: «hermanos míos»¹¹, etc. *Vale*.¹²

7. Estas palabras revelan la falta de seguridad en sí mismo de Rojas y el temor que siente hacia el mundo literario de su época. Poseyendo un extraordinario talento literario, con el que sentó las bases de la picaresca, la novela moderna de Cervantes y el conceptismo barroco, Fernando de Rojas se nos muestra temeroso de que alguien malintencionado vaya a pensar que ha abandonado su respetable profesión de abogado o bachiller en leyes, con la que se gana dignamente la vida, para hacerse escritor de frivolidades amorosas.
8. *Jurista*: actividad profesional relacionada con las leyes, ya fuera con el grado de bachiller o de abogado.
9. Se refiere a unos versos acrósticos agrupados en octavas. Si se leen verticalmente las letras iniciales de cada uno, de arriba abajo, descubrimos que el autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* se llama Fernando de Rojas y que nació en La Puebla de Montalbán. Tales versos se han omitido en esta edición adaptada, pero el contenido de los mismos ha sido recogido en el cuaderno documental, bajo el epígrafe de *Fábula del escritor y la hormiga*, pág. 342.
10. Véase nota 3.
11. Rojas informa al lector sobre la frase con la que comienza su parte (en esta edición es la escena I, del acto II, página 68).
12. *Vale*: expresión latina para despedirse con la que se desea salud al oyente o lector.

PRÓLOGO DE LA TRAGICOMEDIA

Todo cuanto engendra la naturaleza es el resultado de una lucha o batalla. Así lo dice Heráclito¹ con una frase digna, en mi opinión, de ser recordada eternamente: «Omnia secum dum litem fiunt». Y puesto que es una gran verdad que los pensamientos de los sabios están preñados de significados, de este se puede decir que parece que va a reventar, de hinchado y lleno que está; y brotan de él tantas hojas y vigorosas ramas, que del tallito más pequeño cualquier persona instruida podría sacar enorme fruto. Pero mis pobres conocimientos no me permiten más que roer la seca corteza² de los pensamientos de todos esos sabios que han merecido ser reconocidos por la lucidez y agudeza de sus ideas, así que, con lo poco que yo alcance a comprender de la sentencia que he citado al comienzo, cumpliré el propósito de escribir este breve prólogo.

El pensamiento de Heráclito ha sido corroborado por el gran orador y laureado poeta Francisco Petrarca,³ cuando dice: «La naturaleza, madre de todas las cosas, no engendra nada que no mantenga una lucha o se oponga a otra cosa». Y añade más adelante: «En verdad es así, y todas las cosas dan testimonio de ello: las estrellas se oponen unas a otras en la bóveda del cielo, los elementos más hostiles de la naturaleza están en permanente lucha: tiemblan las tierras, se

1. Heráclito (535-484 a.C.) fue un filósofo griego a quien se debe la teoría de que todo en la naturaleza está en constante cambio y movimiento, debido a la lucha de elementos contrarios. También en *La Celestina* hay una batalla constante entre personajes y temas opuestos.
2. Tópico de la falsa modestia. Rojas se lamenta de que, por falta de preparación, no puede comprender profundamente las ideas de filósofos como Heráclito, y se tiene que limitar a «roer la seca corteza» de esos pensamientos, es decir, a entenderlos muy superficialmente. El autor utiliza un campo léxico relacionado con el árbol como símbolo de la ciencia o sabiduría (hojas, ramas, tallos, corteza, etc.).
3. Francisco Petrarca (1304-1374) fue un humanista del Renacimiento italiano que influye de manera determinante en *La Celestina* (véase pág. 359 del estudio de esta obra). El adjetivo *laureado* hace referencia a que ha sido premiado con el honor y la gloria.

enfurecen los mares, se desatan los vientos, crepitan las llamas, los vientos mantienen una perpetua y mutua guerra, las estaciones del año combaten entre sí». Una guerra de unos contra otros y de todos contra nosotros.

Vemos que el verano nos castiga con un calor sofocante y el invierno con un desapacible frío. Pero, si lo que nos parece el natural cambio de estación que nos permite mantenernos, criarnos y sobrevivir, se extrema más de lo acostumbrado, se convierte en una auténtica guerra. ¡Qué terribles, si no, son los grandes terremotos y huracanes, las inundaciones e incendios, las crecidas de los ríos, el bramar de los truenos, el terrorífico poder de los rayos, el imprevisible ir y venir de las nubes! Y no hablemos sobre las corrientes filosóficas que pretenden explicar la causa secreta que rige el notorio movimiento de estas últimas. ¡Sobre esto hay más teorías que olas en el mar!

Entre los animales tampoco hay ninguna especie que escape a la guerra, ya sean peces, fieras, aves o reptiles: el león persigue al lobo, el lobo al perro, el perro a la liebre y, a riesgo de que este prólogo parezca uno de esos cuentos de nunca acabar dichos al amor del fuego, proseguiré con la lista. El elefante, aunque es animal tan fuerte y poderoso, se espanta y huye ante la presencia de un sucio ratoncillo, y solo con oírlo se muere de miedo. Entre las serpientes, la naturaleza ha dotado al venenoso basilisco⁴ de poder para dominar a todas las de su especie: con su silbido las paraliza, con su presencia las ahuyenta y dispersa, con su vista las mata.

La cruel víbora hembra, en el momento de aparearse con el macho, abre la boca para que este meta la cabeza dentro y la fecunde; pero ella, del placer que siente, aprieta tanto sus fauces, que lo mata, preciso instante en el que queda preñada. En el momento de nacer, el primer hijo le romperá el vientre a su madre y el resto de las crías saldrán tras él, vengando de esta forma la muerte de su padre. ¿Qué lucha puede

4. El basilisco es un animal mitológico de pequeño tamaño, con cuerpo de serpiente y garras de ave, al que se le atribuye poder para matar con la mirada.

haber más encarnizada, qué guerra más terrible que engendrar dentro del propio cuerpo a un ser que se ha de comer nuestras entrañas?

También en el mar hay una enemistad natural entre los innumerables géneros de peces que lo pueblan. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pez llamado *rémora*, capacitado para diversas formas de lucha, especialmente para adherirse a cualquier navío o buque de carga e inmovilizarlo, de tal manera que le impide avanzar lo más mínimo, aunque vaya surcando velozmente las olas. Lucano⁵ se refiere a ello diciendo: «No falta allí el pez llamado *rémora*, que detiene los barcos en medio del mar cuando Euro, el viento de Levante, extiende sus cuerdas». ¡Oh combate, digno de admiración! ¡Que haya dado la naturaleza más poder a un simple pececillo que a todo un gran navío empujado por la fuerza de los vientos!

Y si hablamos de las aves y de sus cotidianas peleas, concluiremos que todas las cosas son engendradas para que luchen. La mayoría, como los halcones, águilas y gavilanes, viven de la rapiña. Los vulgares milanos invaden nuestras casas, atacan a los polluelos de corral y los cazan arrebatándoselos de debajo de las alas a sus madres. En el océano Índico vive el pájaro más grande que jamás nadie haya visto, llamado *rocho*. Según dicen, esta ave no solo puede levantar hasta las nubes con su pico a diez hombres juntos, sino un barco entero con su tripulación y arboladura.⁶ Y cuando el rocho eleva el barco por los aires, los infelices marineros van cayendo al abismo con los meneos del vuelo, encontrando de esta forma la muerte más cruel.

¿Y qué diremos de los hombres, sujetos igualmente a una constante vida de lucha? ¿Cómo se pueden explicar sus guerras, sus ene-

5. *Aristóteles*: filósofo griego, que se interesó también por el mundo natural (384-322 a.C.); *Plinio el Viejo*: escritor y naturalista romano (23-79); *Lucano*: poeta hispanorromano (39-65), a quien pertenece la cita, extraída del libro sexto de su obra *Fharsalia*. En general, las referencias zoológicas de Rojas tienen como fuente principal los bestiarios medievales, obras en las que se entrecruzan la fantasía, el mito y la zoología, como es el caso del ave *rocho* que se menciona en el texto.

6. *Arboladura*: conjunto de palos de un buque que sujetan las velas.

mistades, sus envidias, sus arrebatos, sus cambios, sus frustraciones? ¿Y qué decir de esa mudanza en la forma de vestir, ese derribar y levantar constantemente edificios, y tantos otros afanes y vaivenes que provienen de nuestra débil condición humana?

Y puesto que es esta una conocida y permanente guerra que viene de antiguo, no me sorprende nada que la presente obra haya dado también motivo de controversia entre los lectores, cada uno de los cuales ha dado su parecer según sus gustos. Unos decían que era larga, otros que demasiado breve; unos que era agradable, otros que oscura; de manera que darle la extensión adecuada para satisfacer a tantas opiniones dispares es tarea que solo Dios podría llevar a cabo. Especialmente porque esta obra, como todas las demás cosas que hay en el mundo, está sometida a la ley de este trascendental pensamiento: «La vida del hombre, desde su niñez hasta que peina canas, es una batalla». Los niños se pelean con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos y adultos jóvenes con los placeres, los viejos con mil clases de enfermedades, y estas páginas riñen con lectores y oyentes de todas las edades. Los niños las emborronan y rompen, los mozos no las saben leer bien, los jóvenes están en desacuerdo con los consejos que en ellas se vierten. Algunos solo se fijan en la historieta, limitándose simplemente a roer los huesos del argumento de *Calisto y Melibea*, diciendo que en sus páginas no hay valores morales, que la trama es muy densa y poco variada, sin fijarse en los aspectos más concretos y provechosos de la obra y reduciéndola a un simple cuento de camino para amenizar los viajes. Otros picotean aquí y allí buscando frases chistosas y refranes populares, alabándolos con toda clase de reconocimientos, pero pasando por alto su finalidad moralizante, que es lo que más importa.

Sin embargo, para quienes el valor de esta obra radica en su conjunto, lo de menos es el argumento que se puede contar, sino la síntesis que ellos hacen con todo lo aprovechable de cada parte, de manera que se ríen de los pasajes más cómicos y guardan en su memoria los dichos y máximas de los filósofos para aplicarlos, cuando llegue la oca-

sión, a los actos y propósitos de sus propias vidas. Así que cuando se juntan diez personas con opiniones tan diferentes, como es habitual, para oír esta comedia, ¿quién puede negar que haya discrepancias y discusiones a propósito de una obra que se entiende de formas tan diferentes? ¿Con decir que hasta los impresores han metido mano en la redacción de la obra, escribiendo unos resúmenes del argumento al comienzo de cada acto, cosa, por cierto, innecesaria y que jamás hicieron los escritores clásicos!⁷ Otros han discutido sobre el título, diciendo que no se debería llamar *comedia*, puesto que su final es triste, sino *tragedia*. Sin embargo, el autor del primer acto le puso el nombre de comedia porque tiene un comienzo divertido.

Ante esta polémica, he optado por una solución intermedia entre ambos extremos y la he llamado *tragicomedia*. Analizando el resto de ataques, críticas y juicios discordantes de que ha sido objeto esta obra, me pregunté hacía qué lado se inclinaba el público, y me di cuenta de que la mayoría quería que se alargasen en el tiempo los dulces amores de Calisto y Melibea. Sobre este asunto han insistido tanto, que decidí, aunque contra mi voluntad, meter por segunda vez la pluma en un trabajo tan diferente y ajeno a mi profesión, robándole algunos ratos a mi principal actividad –el ejercicio de la abogacía– y algunas otras horas más que yo tenía destinadas al ocio. A pesar de todo, sé que saldrán nuevos detractores,⁸ debido a los cinco actos que he añadido a esta nueva edición de la obra.

7. Rojas muestra su descontento sobre la actuación de los impresores o editores de su obra, porque se permitieron, sin su consentimiento, añadir unos resúmenes del argumento al comienzo de cada acto. Los escritores clásicos o «antiguos» que menciona son probablemente los comediógrafos Plauto y Terencio. La participación de varias manos en la redacción de la obra, ha llevado, exageradamente, a decir que *La Celestina* es obra colectiva.
8. *Detractores*: personas que están en desacuerdo con alguien o algo y lo desacreditan y difaman. Para satisfacer a los lectores de su época, Rojas cambió el título de la obra (*tragicomedia*, en lugar de *comedia*) y añadió cinco actos más (veintiuno, en lugar de dieciséis). Pero a pesar de todo, sabe que la «guerra» con el público no ha terminado y que seguirán las críticas.

1 ENCUENTROS Y CONFIDENCIAS

ACTO I

ESCENA I

Loco atrevimiento

(Melibea pasea por el jardín de su casa. Calisto entra en busca de su halcón¹ y, al ver a la joven, le declara su amor.)

CALISTO: En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA: ¿En qué, Calisto?

CALISTO: En haber dado a la naturaleza poder para hacerte tan bella, y a mí el inmerecido regalo de haber logrado verte, en este jardín y a solas, donde poder comunicarte mi secreto dolor. Sin duda, es este un galardón mucho más grande que cuantos sacrificios y oraciones he ofrecido a Dios, rogándole que me permitiera entrar en tan apacible lugar². *(Embelesado.)* ¿Qué hombre ha alcanzado

1. El halcón es una rapaz que usaban los nobles para cazar. En esta obra tiene un doble simbolismo. Por un lado, es un agente del destino, de la rueda de la Fortuna, ya que es el primer suceso establecido por el azar de una serie de hechos encadenados que conducirán a la muerte de los protagonistas. Por otro lado, el halcón es un símbolo sexual (en la literatura de la Edad Media, y en la propia obra, la caza es metáfora de la conquista amorosa). El halcón, que invade ilícitamente el jardín de Melibea, simboliza el deseo sexual de Calisto, también ilícito, sobre la joven. Ese vuelo caprichoso desencadenará la muerte de los protagonistas y de quienes les sirven.
2. Adviértase que Calisto conocía de antes a Melibea, aunque nunca había hablado con ella. Su enamoramiento previo no es simple anécdota, pues se empleó con fervor, y al parecer en vano, pidiendo a Dios poder entrar en el jardín para hablar a solas con la joven.

en vida la divina gloria³ que yo estoy sintiendo ahora? ¡Oh, Melibea, no hay alma en el cielo que pueda gozar más que yo en este instante. (*Repentinamente entristecido.*) Sin embargo, en algo me ganan las almas de los santos, pues ellos, al ser puro espíritu, no temen perder la eterna visión de Dios. Pero yo soy de carne y hueso y, junto a esta alegría incomparable de poder contemplarte, siento también el cruel tormento que me ocasionará tu ausencia.

MELIBEA: ¿Tanto placer te causa el verme?

CALISTO: Más que si Dios me diese el cielo y la silla más alta entre sus santos.

MELIBEA: (*Con ironía.*) Pues sigue insistiendo, Calisto, que yo te daré algo mucho mejor...

CALISTO: (*Confiado.*) ¡Oh, bienaventuradas orejas mías, que me permiten oír de tus labios el dulce galardón⁴ que ya imagino...!

MELIBEA: (*Furiosa.*) ¡Di mejor «desventuradas orejas»! ¡Escucha, desvergonzado! ¡Seré tan fiera contigo como merece tu loco atrevimiento! ¿Qué clase de hombre eres que pretendes manchar la honra de una mujer como yo con palabras tan insensatas? Hasta aquí ha llegado mi paciencia. No voy a tolerar más que me hables de un placer ilícito⁵ que tú solo has alimentado en tu corazón. ¡Vete de aquí, grosero, vete!

3. *Gloria divina*: léxico religioso mediante el que se produce una divinización de la mujer (es la religión de amor de los poetas provenzales y de Petrarca). Calisto considera que la contemplación de Melibea le produce un placer mayor que la contemplación de Dios, afirmación que los escritores moralistas y misóginos de la época tildaban de blasfemia.
4. *Galardón*: recompensa amorosa que, en el amor cortés, se manifiesta como sonrisas, miradas o prendas de la dama, o el simple placer que experimenta el enamorado contemplándola. Calisto se muestra como un amante impulsivo e impaciente que se salta todos los «escalones» de la cortesía, al creer, equivocadamente, que el galardón que le promete Melibea, tras la declaración amorosa, es una unión sexual, lo cual entra en conflicto con su divinización anterior.
5. Calisto está infringiendo el código del amor cortés o «fino amor» (pág. 359), según el cual debería haber reprimido su deseo erótico al contemplar la belleza y honestidad de Melibea, aceptando el sufrimiento que ello comporta, como una forma de perfección interior; pero el impaciente e irascible Calisto busca una satisfacción carnal inmediata, es decir, un amor ilícito.



CALISTO: (*Abatido y haciendo que el halcón se pose en su brazo.*) Sí, ya me voy. Parece que la adversa Fortuna no tiene más propósito que el de cebarse cruelmente conmigo.

ESCENA II

La ira de Calisto

(*Ocho días después. Calisto está sentado en la sala de su casa, angustiado. Al fondo hay una puerta cerrada que comunica con su dormitorio.*)

CALISTO: ¡Sempronio! ¡Sempronio! ¿Dónde te has metido? ¡Maldito seas!

SEMPRONIO: (*Desde la puerta.*) ¡Aquí me tienes, señor! Estoy cuidando de los caballos.

CALISTO: (*Irónico.*) ¿Y los cuidas aquí en el salón?

SEMPRONIO: He tenido que entrar un momento a calmar al halcón. Está inquieto y se ha caído de la percha.

CALISTO: ¿En qué quedamos? ¿Cuidabas a los caballos o al halcón? ¡Que el demonio te lleve y te queme para siempre en el fuego del infierno! Aunque el sufrimiento eterno que yo te deseo no es comparable al que a mí ya me tiene reservado la muerte. ¡Anda, anda, maldito, entra y prepárame la cama!

SEMPRONIO: ¡Eso está hecho, señor! (*Sempronio abre diligente la puerta del dormitorio y estira unas mantas. Sale y se acerca a Calisto.*)

CALISTO: Y ahora cierra las ventanas y déjame en compañía de la oscuridad, que la luz no hace buenas migas con las penas. (*Sempronio cierra los postigos y la sala queda en penumbra.*) ¡Oh, qué dulce es la muerte cuando se desea! Si estuviera aquí ahora Erasítrato⁶, ese médico sabio que tan bien conocía el mal de amores, no dudaría en diagnosticar que estoy enfermo de ese terrible mal.

¡Oh Dios, ya que no tengo esperanzas de que mi cuerpo vuelva a recuperar la salud, al menos insufla en el plebérico⁷ y duro corazón de Melibea un poco de piedad para que mi alma no se pierda del todo y acabe yo suicidándome y yendo al infierno, como les ocurrió a aquellos pobres desgraciados de Píramo y Tisbe!⁸

SEMPRONIO: ¿Qué te pasa, señor?

CALISTO: ¡Fuera de mi vista! ¡No me hables! Mira que te estrangulo con mis propias manos antes de que yo mismo me mate de rabia y desesperación.

SEMPRONIO: Pues me voy con Dios, y cómete tú solo tus penas.

CALISTO: ¡Vete mejor con el diablo!

SEMPRONIO: (*Aparte, irónico.*) No creo que el demonio pueda acompañarme, porque se queda aquí contigo. (*Sale por la puerta que conduce al recibidor, donde está el halcón posado sobre una percha.*)

ESCENA III

Las dudas de Sempronio

(*Recibidor de la casa. Sempronio habla al halcón, cuya sombra, revoloteando y siniestra, se proyecta sobre la pared.*)

SEMPRONIO: ¡Oh, qué desgracia! ¡Qué mal tan repentino! ¿Cuál ha sido el contratiempo que le ha robado a este hombre, y tan de

6. Erasístrato fue un famoso médico griego (304-250 a.C.). Diagnosticó que Antíoco, hijo del rey sirio Seleuco, padecía, como Calisto, un mal psicossomático debido a un amor imposible. El mal de amor se consideraba por la medicina y la literatura de la época como una enfermedad. En Calisto se manifiesta como constantes altibajos neuróticos.
7. *Plebérico corazón*: calificativo despectivo con el que Calisto expresa que Melibea no tiene la menor autonomía personal ni sentimental, sino que está tutelada absolutamente por Pleberio, su padre, quien no ha mostrado demasiado interés por buscarle esposo y la considera su mayor tesoro; *insuflar*: introducir.
8. *Píramo y Tisbe*: jóvenes amantes que acaban con su vida al creer cada uno, por error, que su pareja había muerto.